

RELATOS

Nosotros y el virus

Romildo do Rêgo Barros

Nadie es inmune al coronavirus. Su expansión escupe una extraña universalidad, bajo la cual se acodan -con más de dos metros, claro- seres que casi no se vieron o nunca se hablaron o siempre se miraron de soslayo.

Él viene propagándose por el mundo sin respetar las fronteras, ni nacionales ni entre los géneros u opiniones. Cuando hay frontera -y necesitamos que haya-, ella es determinada por la política: es por eso que la respuesta eficaz al virus es sobre todo política, a pesar de la importancia fundamental de la medicina y de la ciencia.

El virus va delineando su camino, que nosotros exprimimos imaginariamente, más allá de las metáforas bélicas, como una curva estadística cuya altura los servicios de salud se empeñan en limitar. A la universalidad súbita de los humanos, que de pronto son forzados a reconocerse como especie, se contraponen la tendencia vertiginosa del virus a componer un todo sin falta, por medio del contagio universal, comprobando lo que decía Lacan: a lo real no le falta nada.

Entonces, pregúntese: ¿cuál es el deseo de un virus? Respuesta posible: un virus no desea... se propaga.

La EBP no es extraña a todo eso. Basta que pensemos en la cantidad de colegas que adherimos a la atención virtual, aunque no pudiésemos contar para eso con una base doctrinaria bien asentada, contrariamente a la práctica del diván y del sillón, que la jerga universitaria consagró con el feo adjetivo "presencial": yo, usted que me lee, casi todos estamos anticipando una doctrina que solo más tarde se va a configurar.

El psicoanálisis tiene un trabajo a hacer, y en eso es irremplazable. Ese trabajo se ubica entre la posibilidad de construir una experiencia de lo singular o conformarse con formas siniestras de individualismo, que Gilberto Maringoni expresó tan bien en un texto reciente: "Temo al contagio, a la enfermedad y a la muerte. Anhele apenas una cueva con heladera llena y señal estable de wi fi".

Desde ya se abre, por lo tanto, una discusión a largo plazo entre colegas que están inventando una práctica que no se debe a la comodidad o a las contingencias como la distancia geográfica, sino a la necesidad y a la urgencia. A la ananké, como le gustaba a Freud decir en griego.

A lo real del virus, se impone un nuevo imaginario.

Traducción: Ana B. Zimmerman Guimarães